

Género/sexo

Alemán: Geschlecht – Inglés: gender/sex – Francés: genre/sexe

I. El género se encuentra sobre la reñida línea demarcatoria entre lo natural y lo social, en el campo de tensión de la dominación y la opresión. Como concepto teórico que es objeto de controversias aparece por primera vez en el contexto de los movimientos feministas de los años posteriores a la segunda guerra mundial. MARX y ENGELS proporcionaron herramientas importantes, pero también barreras, para la posterior politización y teorización de este concepto. En el marxismo tradicional el género es tema en cuanto a su significación social general. Sin embargo, en el sentido de una constitución específica de las mujeres en relación con los hombres como grupo, y de mujer a hombre como sujeto de la historia (occidental), la relación que el concepto feminista de género mantiene con los enfoques marxistas es tensa. Las interpretaciones feministas modernas del género parten de la tesis de Simone DE BEAUVOIR de que «no se nace mujer» (1949, 285). Las condiciones sociales posteriores a la segunda guerra mundial fueron favorables al pensamiento sobre el género, porque dejaban suponer que las mujeres serían un sujeto colectivo en proceso de constitución en la historia. En la lucha contra la naturalización de la diferencia de género, la teoría y prácticas feministas en torno al género tratan de explicar los sistemas históricos a través de los cuales hombres y mujeres son constituidos socialmente y puestos en posiciones de relaciones jerárquicas y antagónicas. Las teorías feministas coinciden en el punto de que cualquier sujeto coherente es una fantasía y que la identidad colectiva y personal es constituida socialmente de manera precaria y constante (COWARD, 1983, 265). La discusión acerca de los actores y los conceptos de estos procesos de constitución forma el eje central de la política feminista de género.

1. Los enfoques tradicionales marxistas no condujeron a un concepto político feminista de género por dos importantes razones: 1. Para MARX y ENGELS, las mujeres, así como las tribus ‘primitivas’, existen en los límites de lo natural y de lo social, de forma que sus esfuerzos por concebir la subordinación de las mujeres fueron socavados por la categoría de la división sexual del trabajo basada en una heterosexualidad natural imposible de investigar. 2. Marx y Engels teorizaron la relación de la propiedad privada como el origen de la opresión de las mujeres en el matrimonio, de tal manera que la subordinación de las mujeres podía ser examinada en términos de relaciones capitalistas de clase pero no en términos de una política sexual específica entre hombres y mujeres. La formulación clásica de este argumento se encuentra en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* de ENGELS (*Origen*, 1884, MEW 21).

En *La ideología alemana* se esboza el supuesto de una naturalidad originaria de la división sexual del trabajo. Allí MARX y ENGELS parten de una división presocial del trabajo en el acto sexual (relación sexual heterosexual) que encuentra sus correlativos naturales en las actividades reproductoras de hombres y mujeres en la familia. Este comienzo también hace difícil concebir las relaciones entre hombres y mujeres como formadas por completo histórica y socialmente (cfr. además *Los manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, en los que MARX se refiere a la relación de hombre y mujer como «la relación inmediata, natural y necesaria del hombre con el hombre», MEW 40, 535; así también *El Capital I*, S.XXI, 428). En ello, ENGELS no estaba muy lejos de una teoría de la opresión de la mujer con su breve aseveración de que un análisis materialista integral de la producción y reproducción de la vida inmediata revelaría su carácter doble, es decir, la producción de los medios de existencia y «la producción de los seres humanos mismos». (*Origen*, MEW 21, 28).

2. Las reformulaciones políticas del concepto de género por parte de las feministas europeas y estadounidenses de orientación europea tuvieron que abordar la construcción de significados y de técnicas de *sex* y *gender* como las que habían sido desarrolladas por las ciencias humanas normalizadoras, liberales y de intervencionismo terapéutico, sobre todo en los Estados Unidos, por ejemplo las de la psicología, el psicoanálisis, la medicina, la biología y la sociología. El género fue entendido claramente como un problema individualista de la sexualidad en una sociedad burguesa dominada por los hombres y de carácter racista. En las ideas y técnicas del paradigma de la 'identidad de género' de las décadas del 1950 y 60 convergen las siguientes corrientes: una lectura de FREUD como teórico del instinto; el énfasis en la patología sexual (somática y psíquica) por parte de los fundadores de la sexología del siglo XIX; el desarrollo de la endocrinología bioquímica y fisiológica a partir de la década del 1920; la psicobiología de las diferencias de género surgidas de la psicología comparativa; las hipótesis sobre el dimorfismo sexual hormonal, cromosómico y neuronal; y las primeras cirugías de cambio de sexo (cfr. STOLLER 1968; MONEY/EHRHARDT 1974; LINDEN 1981).

Ya desde muy temprano, las feministas criticaron la lógica binaria de la oposición naturaleza/cultura pero no extendieron del todo su crítica a la distinción derivativa de *sex* y *gender*, porque ésta aún les servía para combatir los omnipresentes determinismos biológicos en las persistentes luchas políticas en torno a las 'diferencias de género' en las escuelas, en las casas editoriales, en las clínicas, etc. La consiguiente utilización táctica de la diferenciación entre *sex* y *gender* en las ciencias humanas y sociales produjo un efecto peligroso para más de una teoría feminista, ya que, a pesar de los repetidos intentos de salvar las limitaciones en dirección a un concepto de género plenamente politizado e historizado, permaneció atada al nombrado paradigma liberal y funcionalista (cfr. THORNE/HENLEY 1975; KESSLER/MCKENNA 1978; SAYERS 1982; HUBBARD/HENIFIN/ FRIED 1982; BLEIER 1984 u. 1986; FAUSTO-STERLING 1985; WEST/ZIMMERMANN 1987; MORAWSKI 1987).

3. También a través de la apropiación de MARX, una relectura LACANIANA de FREUD y el estructuralismo de LÉVI-STRAUSS, la teoría y la política feminista de *sex/gender* desarrolló una fórmula de mucha influencia: la del «*Sex-Gender-System*» hecha por Gayle RUBIN (1975), que se publicó en la primera antología de antropología marxista-feminista en los Estados Unidos. Rubin examinó la «domesticación de las mujeres», en la cual hembras humanas constituían la materia prima para la producción social de mujeres; esto tuvo lugar, durante el nacimiento de la cultura humana, en sistemas tribales organizados según el parentesco, a través del intercambio de mujeres controlado por hombres. Rubin definía el *Sex-Gender-System* como una forma de relaciones sociales en las que se transforma la sexualidad biológica en un producto de la actividad humana y en la que se sosiegan las así resultantes necesidades sexuales históricamente específicas. Ella veía en la división sexual-genérica del trabajo y en la construcción psicológica del deseo (sobre todo la formación edípica) las bases de un sistema de producción de seres humanos que inviste a los hombres con derechos unilaterales sobre las mujeres. Donde hombres y mujeres, en la lucha por la supervivencia material, no pueden hacer el mismo trabajo, y donde estructuras profundas de deseo tienen que ser satisfechas en un *Sex-Gender-System* en el cual los hombres intercambian mujeres, la heterosexualidad se hace obligatoria. La heterosexualidad de coerción es fundamental para la opresión de las mujeres.

El *Sex-Gender-System* de RUBIN ha sido frecuentemente utilizado y también criticado. En un artículo crucial para gran parte del debate marxista y socialista-feminista estadounidense, Heidi HARTMANN (1981) insistía en que el patriarcado no era sólo una ideología, sino un sistema material que podría ser definido como «un atado de relaciones sociales entre los hombres, que tiene una base material y que, aunque organizado jerárquicamente, establece o crea interdependencia y solidaridad entre los hombres, lo cual les permite dominar a las mujeres» (14). Hartmann utilizaba el concepto del *Sex-Gender-System* de RUBIN para exhortar a que se comprenda el modo de producción de

los seres humanos en las relaciones sociales patriarcales como «disposición» masculina sobre la fuerza de trabajo femenina (cfr. *La ideología alemana*, MEW 3, 32).

En el debate que siguió a la tesis de HARTMANN, Iris YOUNG (1981) criticó este enfoque de los «sistemas duales» del capital y del patriarcado que se unirían en la opresión de clase y de género (en todas estas formulaciones la raza continuó siendo siempre una especie de tercer sistema sin explorar). Young afirmaba que «las relaciones patriarcales están relacionadas internamente con las relaciones de producción como un todo» (1981, 49), de tal manera que centrarse en la división genérica del trabajo podría revelar la dinámica de un extenso sistema de opresión. Además del trabajo remunerado, la división genérica del trabajo incluía también las categorías de trabajo excluidas y no historizadas por MARX y ENGELS –como por ejemplo el embarazo y la crianza de hijos, el cuidado de enfermos, el cocinar, las labores domésticas y los trabajos relacionados con el sexo, como la prostitución. De este modo se buscaba poner el género y la situación específica de las mujeres al centro del análisis materialista histórico. Puesto que la división genérica del trabajo era asimismo la primera división del trabajo, se debería mostrar cómo la sociedad de clases nació a partir de los cambios en la división genérica del trabajo. Tal análisis no afirma que todas las mujeres se encuentran en una situación común y unificada, sino que se concentra en sus distintas posiciones históricamente diferenciadas. El trabajo remunerado y no-remunerado en el patriarcado capitalista se transformó en el objeto paradigmático marxista feminista.

Explorando las consecuencias epistemológicas de un materialismo histórico feminista, también Nancy HARTSOCK (1983) centró su labor en las categorías que el marxismo no había podido historizar: el trabajo sensorial de las mujeres al crear seres humanos mediante el embarazo y la educación de los hijos, así como las múltiples formas del trabajo femenino de alimentación y subsistencia. Pero ella rechazó la terminología de división *genérica* del trabajo en favor de la terminología de la división *sexual* del trabajo para resaltar las dimensiones corporales de la actividad femenina. HARTSOCK también criticó el *Sex-Gender-System* de RUBIN porque acentuaba el sistema de intercambio en relaciones de parentesco a expensas de un análisis materialista del proceso de trabajo, proceso sólo el cual podría sentar la base para la posible formación de un punto de vista revolucionario de las mujeres (cfr. D.SMITH 1974; FLAX 1983; ROSE 1983 y 1986; HARDING 1983).

De las discusiones en torno al *Sex-Gender-System*, Sandra HARDING (1986) resaltó tres aspectos interrelacionados: el género es 1. categoría fundamental de la atribución de significado, 2. modo de la organización de las relaciones sociales y 3. estructuración de la identidad personal. El desmembramiento de estos tres elementos muestra la complejidad y el valor problemático de una política basada en las identidades de género. En una investigación sobre la política en los movimientos gay después de la segunda guerra mundial, Jeffrey ESCOFFIER (1985) operó con el concepto de identidad sexual utilizando el *Sex-Gender-System* para teorizar el surgimiento y las limitaciones de nuevas formas de subjetividad política con vistas a desarrollar una política comprometida sin delimitaciones metafísicas de identidad. Una posición opuesta es la que tomó Donna HARAWAY (1984), crítica frente a un *Sex-Gender-System* incapaz de abandonar la ideología colonialista de la naturaleza/cultura. Su investigación de la política marxista-feminista resaltó la situación de las mujeres en los sistemas sociales, culturales y técnicos mediados por la ciencia y la tecnología multinacional.

Catherine MACKINNON (1982), comprometida con el marxismo, y al mismo tiempo crítica del mismo y de las teorías *Sex/Gender*, escribe: «La sexualidad es al feminismo lo que el trabajo es al marxismo: cuanto más es de una, más se la arrebatan [...] La sexualidad es el proceso social que crea, organiza, expresa y dirige el deseo, creando a los seres sociales que conocemos como mujeres y hombres, mientras que sus relaciones crean a la sociedad [...]. Así como la expropiación organizada del trabajo de algunos en beneficio de otros define a una clase –los trabajadores–, la expropiación organizada de la sexualidad de algunas para el uso de otros define el sexo de la mujer.» (515 s) La posición de MacKinnon fue centro de estrategias políticas altamente contradictorias en gran parte del movimiento

Estadounidense contra la pornografía definida como violencia contra las mujeres. Las mujeres no son solamente alienadas del producto de su trabajo; en tanto que como mujeres son objetos del deseo ajeno, no son ni siquiera sujetos históricos en potencia.

Concordando en parte con la idea de la generización de la violencia de MACKINNON, el enfoque que Teresa DE LAURETIS hizo de la representación (1984, 1985) la condujo a considerar el género como el trágico fallo, nunca examinado, de las teorías modernas y postmodernas de la cultura, ya que estas permanecen en el paradigma de la heterosexualidad. A la cuestión del género la definió como construcción social de mujer y hombre y como producción semiótica de subjetividad; el género se refiere a «la historia, las prácticas y la superposición de significado y experiencia», es decir, a «los mutuos efectos semióticos del mundo externo de la realidad social sobre el mundo interno de la subjetividad». De Laurentis hace referencia a la semiótica de Charles PEIRCE para determinar la experiencia generizada como encarnación íntima y su mediación a través de procesos significantes.

Muy distinto es el enfoque de Nancy HARTSOCK (1983a). Su estudio de la división sexual del trabajo se basaba en versiones anglófonas del psicoanálisis que adquirieron importancia especialmente en la teoría feminista socialista de los Estados Unidos, como por ejemplo la teoría de las relaciones de objeto (Nancy CHODOROW, 1978). Sin adoptar las teorías lacanianas de RUBIN sobre la subjetividad sexual siempre fragmentaria, CHODOROW usó el *Sex-Gender-System* en su estudio de la organización social de la prole que produciría mujeres que, a diferencia de los hombres, poseerían la capacidad de una relación no hostil; pero esto perpetuaría al mismo tiempo la posición subordinada de las mujeres como madres en el patriarcado. La preferencia de un psicoanálisis de las relaciones de objeto, en vez de la versión lacanianana, significa la adopción de conceptos vecinos como el de identidad genérica, con su red de significados sociológico-empíricos, en lugar del concepto de la «apropiación de posiciones de subjetividad sexual» (cfr. Lacan, *Escritos 2*, 665.) que había ingresado en la teoría europea de la cultura y del texto. Aunque se criticó que la teoría de las relaciones de objeto de Chodorow esencializaba la mujer como predispuesta a lo relacional, se la adoptó para explorar un amplio espectro de fenómenos sociales, desde los de la moralidad femenina (GILLIGAN 1982), hasta los del dominio masculino sistemático, epistemológico, psíquico y organizativo en las ciencias naturales (FOX-KELLER 1985).

La obra temprana de CHODOROW tomó forma en el contexto de la teorización sociológica y antropológica del significado de la división de público y privado en la subordinación de las mujeres (ROSALDO/LAMPHERE, 1974). Michelle ROSALDO (1980) tematizó la limitación universalmente visible de las mujeres al espacio doméstico, mientras que el poder se circunscribía a la llamada esfera pública que estaba ocupada por hombres. Sherry ORTNER (1974) conectó este enfoque con su análisis y crítica estructuralista de la presuposición de que las mujeres serían a la naturaleza lo que los hombres a la cultura. Estas dos colecciones de artículos estratégicos llamaron la atención de la teoría feminista euro-estadounidense, orientándola hacia el *Sex-Gender-System* (REITER, 1975) y hacia las pares de contrarios afines naturaleza/cultura y público/privado. Las teorías posteriores sobre la posición y situación social de las mujeres habían sido, por un lado, fuertemente influidas por estas herramientas analíticas y, por otro, serían cada vez más críticas respecto a sus efectos universalizantes (MACCORMACK/STRATHERN 1980; ROSALDO 1980; ORTNER/WHITEHEAD 1981; RUBIN 1984).

La focalización en el *Sex-Gender-System* y la separación de lo público y lo privado fueron enérgicamente criticadas por las mujeres negras, porque a través de esto se habría invisibilizado o subordinado a todas las 'otras'. Los intentos por utilizar conceptos de género occidentales para caracterizar a la 'mujer del Tercer Mundo' reproducían a menudo discursos orientalistas y colonialistas (MOHANTY, 1984; *Many Voices*, 1984). Por lo demás, desde los comienzos de los movimientos de mujeres posteriores a la segunda guerra mundial, las mujeres estadounidenses 'de color' –una construcción de identidades de género en sí misma compleja y controvertida– habían desarrollado teorías críticas sobre la producción de sistemas de diferencias jerárquicas en las que raza,

nacionalidad, género y clase estaban entrelazadas entre sí (WARE 1970; BETHEL/ SMITH 1979; SMITH 1983; COMBAHEE RIVER COLLECTIVE 1977; MORAGA/ANZALDUA 1981; JOSEPH/LEWIS 1981; HOOKS 1981 y 1984; LORDE 1982 y 1984; DAVIS 1982; HULL/SCOTT/SMITH 1982; WALKER 1983; MORAGA 1983; CHRISTIAN 1985; GIDDINGS 1985; SANDOVAL 1991). Estas teorías sobre la localización social de las mujeres sientan las bases y organizan una teoría feminista «genérica» abierta y no-universalizante, en la que conceptos como los de «diferencia» (LORDE), «conciencia opositiva» (SANDOVAL), «womanist» (WALKER), «feminismo del Tercer Mundo» (MORAGA) y «clases político-sexuales» (SOFOLIS) estructuran el campo de un discurso específico de liberación de las mujeres, al descodificar lo que suele entenderse por «mujer», tanto dentro como fuera del «feminismo», en sistemas mundiales de dominación heterogéneos y al mismo tiempo entrecruzados.

En la década del 1980 se estableció en Nueva York la editorial *Kitchen Table: Women of Color Press*, para publicar escritos de mujeres izquierdistas de color. Este desarrollo hay que verlo en el contexto de las publicaciones internacionales en las que las mujeres, escribiendo de muchas formas, hacían conciencia de la historia de su ‘construcción’ desestabilizando en ello los cánones del feminismo occidental y los de otros muchos discursos. Las relaciones jerárquicas de raza habían seleccionado y apartado las publicaciones a causa de su origen, de su lenguaje y de su especie –en pocas palabras, miraban la «marginalidad», la «alteridad» y la «diferencia» desde posiciones «no caracterizadas» de teoría («blanca») dominante y hegemónica. Pero el concepto de género trata precisamente de la «alteridad» y la «diferencia», un hecho que constituye al feminismo como política y lo define en sus terrenos de lucha y en su repetido rechazo a las ‘teorías maestras’.

4. Lo que en el discurso feminista euro-norteamericano se expresa con la palabra *gender*, en los textos europeos se formula frecuentemente como «posición de sujeto sexuado» y «diferencia de género» –sin que una de estas dicciones excluyera a la otra. (En el feminismo marxista británico se habla del «sujeto sexuado en el patriarcado» –MITCHELL 1971; KUHN/WOLPE, 1978; COLECTIVO MARXISTA-FEMINISTA DE LITERATURA, 1978; BROWN/ADAMS 1979; Revista *m/f*; BARRETT 1980). Del feminismo socialista alemán se hicieron internacionalmente conocidos los *Escritos sobre la sexualización* de Frigga HAUG, realizados sobre la base del «trabajo de rememoración» (1980, 1982, 1983; en inglés, 1987/1999).

Varias corrientes del feminismo europeo-occidental surgieron luego de los acontecimientos de Mayo de 1968. El aporte de Monique WITTIG, Monique PLAZA, Colette GUILLAUMIN y Christine DELPHY, publicadas en *Questions féministes*, *Nouvelles questions féministes* y *Feminist Issues*, así como los textos de Julia KRISTEVA, Luce IRIGARAY, Sarah KOFMAN y Hélène CIXOUS han tenido particular influencia internacional (véanse resúmenes en MARKS/DE CURTIERON, 1980; MOI, 1985; DUCHEN, 1986). El enfoque de Monique WITTIG y Christine DELPHY, que insisten en que se trata de dominación y no de diferencia, se opone al enfoque de IRIGARAY, KRISTEVA y CIXOUS que, remitiéndose a DERRIDA, LACAN y otros, insisten en que el sujeto es un proceso constante, que es quizás mejor abordado mediante la escritura y los procedimientos textuales con sus sujetos desmembrados, de manera que la idea de mujer permanece siempre inconclusa y múltiple.

DONNA HARAWAY

Traducido por Santiago Vollmer

BIBLIOGRAFÍA:

M.BARRETT, *Women's Oppression Today. Problems in Marxist Feminist Analysis*, London 1980; S.DE BEAUVOIR, *Le deuxième sexe 1*, Paris 1949; L.BETHEL y B.SMITH (Ed.), *Conditions: Five: The Black Women's Issue*, Brooklyn/NY 1979; R.BLEIER, *Science and Gender*, New York 1984; la misma (Ed.), *Feminist Approaches to Science*, New York 1986; B.BROWN y P.ADAMS, »The Feminine Body and Feminist Politics«, en: *mf*, 3. año, 1979, Cuaderno 1, 35-50; N.CHODOROW, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, California 1978; B.CHRISTIAN, *Black Feminist Criticism*, New York 1985; COMBAHEE RIVER COLLECTIVE, »A Black Feminist Statement« (1977), en: B.Smith (Ed.), *Home Girls. A Black Feminist Anthology*, New York 1983, 272-82; R.COWARD, *Patriarchal Precedents: Sexuality and Social Relations*, London 1983; A.DAVIS, *Women, Race, and Class*, London 1982; T.DE LAURETIS, *Alice Doesn't*, Bloomington 1984; la misma, »The Violence of Rhetoric: Considerations on Representation and Gender«, en: *Semiotica*, 54. año., 1985, cuaderno 1/2, 11-31; C.DUCHEN, *Feminism in France from May '68 to Mitterrand*, London 1986; Z.EISENSTEIN (Ed.), *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism*, New York 1979; J.ESCOFFIER, »Sexual revolution and the politics of gay identity«, en: *Socialist Review*, 15. año, 1985, Nr. 81/82, 119-54; A.FAUSTO-STERLING, *Myths of Gender: Biological Theories about Women and Men*, New York 1985; J.FLAX, »Political Philosophy and the Patriarchal Unconscious: A psychoanalytic perspective on epistemology and metaphysics«, en: Harding/Hintikka 1983, 245-82; E.FOX-KELLER, *Reflections on Gender and Science*. New Haven, CT y London 1985; P. GIDDINGS, *When and Where I Enter: The Impact of Black Women on Race and Sex in America*, Toronto 1985; C. GILLIGAN, *In a different voice: Psychological theory and women's development*, Cambridge, MA: Harvard University Press 1982; D. HARAWAY, »Lieber Kyborg als Göttin«, en: B.P.Lange y A.M. Stuby (Eds.), »1984«, *Argument Sonderband 105*, Berlin/W 1984, 66-84; S. HARDING, »Why has the Sex/Gender System become visible only now?«, en: Harding/Hintikka 1983, 311-24; la misma, *The science question in feminism*, Ithaca 1986; la misma, junto a M.HINTIKKA (Ed.), *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science*, Dordrecht 1983; H. HARTMANN, »The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism«, en: *Sargent* 1981, 1-41; N.HARTSOCK, »The Feminist Stand-point: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism«, en: Harding/Hintikka 1983, 283-310; la misma, *Money, Sex, and Power*, New York 1983; F.HAUG, (Ed.), *Frauenformen. Alltagsgeschichten und Entwurf einer Theorie weiblicher Sozialisation*, Berlin/W 1980; la misma, »Frauen und Theorie«, en: *Argument*, 24. año, 1982, Nr. 132, 168-73; la misma y otros, *Sexualisierung der Körper*, Berlin/W 1983 (ingl. 1987); la misma, *Vorlesungen zur Einführung in die Erinnerungsarbeit*. The Duke Lectures, Hamburg 1999; B.HOOKS, *Ain't I a Woman*, Boston 1981; la misma, *From Margin to Center*, Boston 1984; R.HUBBARD, M.S.HENIFIN y B.FRIED (Ed.), *Biological Woman – the Convenient Myth*, Cambridge 1982; G. HULL, P.B. SCOTT y B. SMITH (Ed.), *All the Women Are White, All the Men Are Black, But Some of Us Are Brave*, New York 1982; G.JOSEPH y J.LEWIS, *Common Differences*, New York 1981; S.KESSLER y W. MCKENNA, *Gender: An Ethnological Approach*, Chicago 1978; A.KUHN y A.WOLPE (Ed.), *Feminism and Materialism*, London 1978; J.LACAN, »La significación del falo«. *Escritos 2*. Siglo XXI editores. México, 1989; R.R.LINDEN, *The social construction of gender: A methodological analysis of the gender identity paradigm*, Santa Cruz 1981; A.LORDE, *Zami*, New York 1982; la misma, *Sister Outsider*, New York 1984; C.MACCORMACK, y M.STRATHERN (Ed.), *Nature, Culture, Gender*, Cambridge 1980; C.MACKINNON, »Feminism, Marxism, Method, and the State: An Agenda for Theory«, en: *Signs*, 7. año, 1982, Cuaderno 3, 515-44; *Many voices, one chant: Black Feminist Perspectives*, *Feminist Review*, 6. año, 1984, Nr. 17; E.MARKS y I. DECOURTIVRON (Ed.), *New French Feminisms*, Amherst 1980; *Marx-Engels-Werke* (MEW), Tomos 1-42, Berlín/RDA 1957 ss.; MARX, K., *El capital*, Tomos I-III en 8 Volúmenes, trad.: P.Scaron, 10a ed. en esp., Siglo XXI Ed., México/DF - Buenos Aires 2004; MARXIST-FEMINIST LITERATURE COLLECTIVE, »Women's Writing«, en: *Ideology and Consciousness*, 1. año, 1978, Cuaderno 3, 27-48; J.MITCHELL, *Women's Estate*, New York 1971; Ch.T.MOHANTY, »Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourse«, en: *Boundary 2*, 11. año, 1984, Nr. 12/13, 333-58; T.MOI, *Sexual/Textual Politics*, London, New York 1985; J.MONEY y A.EHRHARDT, *Man and Woman, Boy and Girl*, New York (1972) 1974; Ch.MORAGA, *Loving in the War Years: lo que nunca pasó por sus labios*, Boston 1983; la misma y G.ANZALDUA (Ed.), *This Bridge Called My Back*, Watertown 1981; J.G.MORAWSKI, »The Troubled Quest for Masculinity, Femininity, and Androgyny«, en: P. Shaver y C.Hendrick (Ed.), *Sex and Gender, Review of Personality and Social Psychology* 7, 1987, 44-69; Ch.MOUFFE, »The Sex/Gender System and the Discursive Construction of Women's Subordination«, en: *Rethinking Ideology*, ed. por S.Hänninen y L.Paldán, AS 84, Berlin/W y otros 1983, 139-43; M.O'BRIEN, *The Politics of Reproduction*, New York 1981; S.ORTNER, »Is Female to Male as Nature is to Culture?«, en: Rosaldo/ Lamphere 1974, 67-88; la misma y H.WHITEHEAD (Ed.), *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge 1981; R.R.REITER, *Toward an Anthropology of Women*, New York 1975; M.ROSALDO, »The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-cultural Understanding«, en: *Signs*, 5. año, 1980, Cuaderno 3, 389-417; la misma y L.LAMPHERE (Ed.), *Woman, Culture, and Society*, Stanford 1974; H.ROSE, »Hand, Brain, and Heart: Towards a Feminist Epistemology of the Natural Sciences«, en: *Signs*, 9. año, 1983, Cuaderno 1, 73-90; la misma, »Women's Work: Women's Knowledge«, en: J.Mitchell y A.Oakley (Ed.), *What Is Feminism?*, New York 1986, 161-83; G.RUBIN, »The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex«, en: Reiter 1975, 157-210; la misma, »Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality«, en: C.Vance (Ed.), *Pleasure and Danger*, Boston-London 1984, 267-319; Ch.SANDOVAL, »U.S. Third World Feminism: The Theory and Method of Oppositional Consciousness in the Postmodern World«, en: *Genders*, 10. año, 1991, Cuaderno 1, 1-24; L.SARGENT (Ed.), *Women and Revolution*, Boston 1981; J. SAYERS, *Biological Politics: Feminist and Anti-Feminist Perspectives*, London 1982; B. SMITH (Ed.), *Home Girls: A Black Feminist Anthology*, New York 1983; D.SMITH, »Women's Perspective as a Radical Critique of Sociology«, en: *Sociological Inquiry*, 44. año, 1974, Cuaderno 1, 7-13; R.STOLLER, *Sex and Gender*. Vol. 1 y 2, New York 1968 y 1976; B.THORNE y N.H.HENLEY (Ed.), *Language and Sex: Difference and Dominance*, Massachusetts 1975; A.WALKER, *In Search of Our Mothers' Gardens*, New York 1983; C.WARE, *Woman Power*, New York 1970; C.WEST y D.H.ZIMMERMAN, »Doing Gender«, en: *Gender and Society*, 1. año, 1987, Cuaderno 2, 125-51; M.WITTIG, »One is not Born a Woman«, en: *Feminist Issues*, 1. año, 1981, Cuaderno 1, 47-54; I.YOUNG, »Beyond the Unhappy Marriage: A Critique of the Dual Systems Theory«, en: *Sargent* 1981, 44-69.

Remisión a otras entradas:

ama de casa, ciencia, clases, crítica de la ciencia, debate sobre el trabajo doméstico, dominación, freudomarxismo, heterosexualidad de coerción, homosexualidad, intercambio, madres, Mayo de París, modos de producción precapitalistas, movimiento feminista, oposición, opresión, orientalismo, parentesco, patriarcado, privado/público, relaciones de producción, semiótica, sexualidad, signo, trabajo doméstico, trabajo familiar, trabajo femenino, trabajo

II. Para las concepciones constructivistas es paradigmática la formulación de Ulrike TEUBNER y Angelika WETTERER de «que, en lo que atañe a la pertenencia de género de las personas y a la dualidad sexual como principio social de clasificación y diferenciación, no se trata de una norma impuesta por la naturaleza, sino del resultado de procesos sociales de construcción» (1999, 12 ss). Lo que se entiende exactamente por «construcción social» de género difiere en las distintas teorías, no en último lugar a causa de que los procesos de construcción de género se investigaron cada vez en ámbitos sociales muy distintos –una vez el enfoque se centró en las interacciones sociales, otra más bien en los procesos estructurales o institucionales, y otra nuevamente en la constitución discursiva del género en textos literarios o en discursos normativos. Pero en su conjunto, con esta mirada, el marco del cuestionamiento se ensanchó inmensamente: todos los aspectos de la sociedad (las situaciones y estructuras sociales, las instituciones, la arquitectura, las formas del conocimiento, la subjetividad etc.) se hacen visibles como (posibles) momentos de la construcción y organización social del género, como elementos generizados y generizantes de la «ordenación entre los sexos» («*Arrangement between the sexes*», GOFFMAN 1977). Y, estrechamente unida a ello, en casi todas estas posiciones, la investigación sobre la mujer se desplaza hacia la del género. Si la habitual investigación sobre la mujer se había concentrado en demostrar las distintas facetas de la no-percepción de la vida y la acción de las mujeres y su discriminación en los distintos terrenos de la sociedad, la investigación de género parte de un cuestionamiento del género en sí: en un paso cuasi anterior al de la habitual investigación, problematiza la razón por la cual los individuos tienen que volverse en ‘mujeres’ u ‘hombres’ y el significado del hecho de que muchas sociedades se organicen centralmente a través del género. Se trata de aclarar cómo se (re)produce el orden simbólico de la dualidad de sexos heterosexual en distintos procesos sociales y qué consecuencias tiene esto para la organización social, la lengua, la arquitectura, la ciencia, el pensamiento y no en último lugar para los individuos (y su desarrollo emocional, psíquico, cognitivo y corporal).

1. En la mayoría de los casos, existe un interés que acompaña la reconstrucción de los procesos de construcción social de género: el interés en la deconstrucción del género como principio de organización social hegemónico y como modo de existencia individual. La utopía de relaciones sociales más allá del género es asociada, por un lado, con la idea de que en ellas la categoría del género misma se volvería obsoleta (cfr. GILDEMEISTER/WETTERER 1992), y por otro, con la idea de una multiplicación de los géneros que conduce a que el género sea obviado en cuanto categoría social normativa, estratificadora y disciplinante (BUTLER 1990; MAIHOFFER 1995). Pero sería un malentendido pensar que la habitual investigación sobre la mujer hubiera sido sustituida por este desarrollo teórico. Mas bien estamos ante el desarrollo específico de una comprensión que le es propia a toda la investigación sobre la mujer -la del significado fundamental del género para el conocimiento de la sociedad. Con esto se establece y refuerza un cambio de paradigma teórico sin que necesariamente se pierda el ímpetu crítico al patriarcado. Por el contrario, ahora sí, el género es para la crítica un sustancial principio social de dominación. La investigación del género tiene en mira la existencia de relaciones de género, más allá de la forma patriarcal de las mismas.

Un rasgo común a todas las posiciones constructivistas y deconstructivistas es también el de la problematización de la separación de *sex* y *gender* que surge en la década del 1970 (cfr. LERNER 1986, 238; críticas respecto a ello, GILDEMEISTER/WETTERER 1992, 205 ss; NICHOLSON 1994, 200 s).

Como escribe Barbara DUDEN, esta demarcación de límite «tanto catapultó al cuerpo fuera de la historia, como también dejó sin aclarar la idea del mismo –como una mancha ciega más allá de los márgenes de la perspectiva histórico-social» (1991, 8) –. La investigación histórica mostró que no sólo el entendimiento y la percepción del cuerpo genérico supuestamente natural, su anatomía y morfología varían históricamente, sino también el modo en que se lo siente, experimenta y practica. Estos cambios van estrechamente unidos a los distintos desarrollos en las

relaciones de género (HONEGGER 1991; DUDEN 1991). En resumen se puede decir que, así como lo social, también el género biológico pertenece al ámbito de la cultura y de lo significativo (LAQUEUR 1990).

Para la investigación de género esto significa una ampliación de su campo temático: ahora es el cuerpo genérico mismo quien requiere esclarecimiento. Tanto el modo puntual de entenderlo, como también el desarrollo de prácticas, sentimientos e ideas corporales ‘femeninas’ y ‘masculinas’ se transforman en parte integral de la teoría de género. Por otra parte, ante este trasfondo, pasa a ser inadecuado hablar de ‘Investigación de género’ o ‘*Gender Studies*’, en la medida en que el concepto ‘*gender*’ implique una contraposición entre género biológico y social (la de *sex* y *gender*). En un sentido estricto, esto impide una representación lingüística adecuada del desarrollo teórico, lo cual conduce a frecuentes malentendidos. Todavía falta una alternativa conceptual.

La mayoría de las concepciones constructivistas y deconstructivistas se fundan además en la crítica, que formularan sobre todo las mujeres negras y de color, al habla de ‘la’ mujer. Este modo de hablar se muestra como una generalización improcedente de un modo de vida, el de la mujer occidental, burguesa, blanca y heterosexual de clase media, como norma hegemónica para todas las mujeres (SPELMAN 1988). Esta crítica conduce a la comprensión de que el género no puede ser investigado independientemente de otros aspectos como los de la ‘etnicidad’, la ‘clase’ o la ‘orientación sexual’. Y, como con razón lo subraya Spelman, no basta con concebir la relación aditivamente (114 ss), sino que hay que entenderla como un ensamblaje, combinación o entrelazamiento (HOOKS 1990; MEULENBELT 1993; ROMMELSPACHER 1995). Además, los distintos momentos cambian su significación según el contexto –siendo que un individuo concreto es siempre una combinación única, inconfundible; y, aunque no necesariamente, eso puede implicar el peligro real de una interminable serie de individuos aislados sin cosa alguna en común, sin generalidades objetivas (SPELMAN 1988, 133 ss). Fenomenológicamente esta impresión surge también a partir de la creciente ‘individualización’ y ‘pluralización’ de los modos de vida en las sociedades occidentales. Pero mirándolo bien, los procesos de desarrollo individual –como sea que en sí se hallen diferenciados y modificados de un modo heterogéneo y diverso, ‘específico según la clase’, ‘étnico’ o ‘sexual’– siguen ocurriendo en el marco de relaciones de poder patriarcales burguesas y bajo la dominancia de los mecanismos disciplinarios y de normalización atados a ello. Ya sólo a causa de esto existe una cantidad de comunidades estructurales entre los individuos. Así por ejemplo, en las sociedades occidentales, ahora tanto como antes, los individuos están ‘obligados’ a desarrollar una identidad, tornarse en un sujeto, transformarse en un ‘hombre’ o en una ‘mujer’ –lo mismo da cuan diferenciada-, convencional- o subversivamente lo hagan.

2. Dentro de las teorías de género constructivistas y deconstructivistas son centrales los conceptos en los que el género se entiende como «*doing gender*». A este respecto han sido determinantes especialmente los estudios etnometodológicos de Harold GARFINKEL (1967). En estos estudios se hace visible la construcción social de la pertenencia de género como un sinnúmero de interacciones cotidianas, en las cuales el género de una persona es producido por ella misma y por otros (cfr. LINDEMANN 1993; HIRSCHAUER 1993). Pero aún mayor trascendencia tuvieron las tesis de Erving GOFFMAN (1977) que, como punto de partida, cuestionó cómo era posible que la mayoría de las personas recurriera a diferencias biológicas sexuales mínimas para explicar las grandes desigualdades sociales entre los géneros. Para suponer que eso es plausible se requeriría «de un cuerpo de creencias y prácticas sociales vasto e integrado». Aquí el sexo funcionaría como «base de un código fundamental según el cual están construidas las interacciones y estructuras sociales; un código que también influye determinantemente sobre las ideas que tienen los individuos sobre su naturaleza humana fundamental» (302). Los individuos aprenden desde pequeños a «representar» el propio género del modo más convincente que se pueda y a «identificar» en lo posible de un modo certero e inmediato la «pertenencia de género» de los otros. Al mismo tiempo las situaciones sociales están organizadas de manera tal que ponen a disposición de los individuos los medios para ello necesarios e incluso sugieren directamente los modos de acción genéricos de cada vez. De este modo se produce y certifica, siempre de nuevo, la creencia en la naturalidad de las diferencias de género. A esta circularidad de interacciones sociales,

Goffman la denomina «reflexividad institucional»(302 ss). Como ejemplo remite entre otras cosas a la división institucionalizada –en las sociedades occidentales– de los excusados según el sexo, a la segregación específica del género en el mercado de trabajo y también a la forma usual de la elección de pareja que conduce casi siempre a la misma constelación: hombre de mayor tamaño y edad, mujer más pequeña y más joven. A través de esta elección, mujeres y hombres crean la base óptima para presentarse mutua y convincentemente el ejercicio de sus «naturalezas» supuestamente diferentes (319 ss). La estructura de las interacciones sociales garantiza, por lo tanto, no sólo una permanente construcción de la diferencia de géneros, sino que al mismo tiempo también su naturalización, la creencia en que ella se basaría en la naturaleza humana. Dicho en pocas palabras, para Goffman, «*Gender, not religion, is the opiate of the masses.*» (315).

Siguiendo esta línea, Candace WEST y Don H. ZIMMERMAN definen al género/sexo expresamente como «*doing gender*» y subrayan: «*Doing gender involves a complex of socially guided perceptual, interactional, and micro-political activities that cast particular pursuits as expression of masculine and feminine ‘natures’*» (1991, 14). Pero en todo caso, con el término «*natures*», no sólo rechazan las diferencias de género naturales, biológicas como base de la acción individual y de la organización social, sino también las apropiadas a través de la socialización. El antiesencialismo con que West y Zimmerman conciben al género es por tanto de un sentido aún más fundamental, ya que ahora lo piensan como algo que uno «hace» y no como algo que uno simplemente «es». Y con ello se desplaza la atención teórica y empírica: alejamiento de la óptica del género como expresión de algo interno o de una esencia masculina o femenina; acercamiento a una idea del género como un efecto de interacciones sociales que surge siempre de nuevo: «*Rather than as a property of individuals, we conceive of gender as an emergent feature of social situations*» (ibid.). Dentro de esta tradición se encuentra toda una cantidad de investigaciones en las que se muestra cómo en situaciones cotidianas –en comunicaciones, en la familia, en la esfera del oficio– se construyen el género o, respectivamente, sus diferencias (WETTERER 1995; HIRSCHAUER 1993; LORBER 1999; CONNELL 1999). Pero con toda la productividad que le es propia, este desplazamiento también trae consigo limitaciones teóricas. Con él existe, por ejemplo, la tendencia a concentrarse en detalle casi exclusivamente en el análisis de los procesos sociales de construcción del género. A esto va estrechamente unida una concepción en la que el género ya no es más simplemente práctica social, sino un actuar que, siempre de nuevo, es llamado a escena por las situaciones sociales y en las mismas. El ‘sujeto’ que en alguna índole es ‘punto de partida de las acciones’ se pierde de vista.

También Robert W. CONNELL (1999) se dirige contra el género como característica fija de una persona (38). Frente a conceptos como «personalidad» o «carácter» (93), en los que se piensa el género como algo rígido, invariable (57), Connell habla de «configuraciones de praxis de género» (92) y subraya la procesualidad del mismo. El género es para él una formación de acciones genéricas que le son asignadas a una persona como expresión de su genericidad, o que ella misma se asigna como una expresión tal. En otras palabras, para él tampoco hay un hechor tras el hecho, sino solamente el hecho o respectivamente el hacer (*doing gender*) originado en una situación social y a través de la misma.

No es problemático el despedirse de la idea metafísica para la cual el ‘sujeto’ es una esencialidad de antemano existente, interna del individuo.

Pero de la tesis de que no habría ningún hechor antes del hecho (en el sentido causal y temporal), no se infiere inevitablemente que no lo haya después del hecho: un «sujeto/género» como resultado de prácticas sociales (cfr. FOUCAULT 1977 y 1986). Así, la ‘coerción’ (*Zwang*) de tener que desarrollar una identidad de género como ‘mujer’ o como ‘hombre’ significa que un individuo tiene que asignarse, siempre de nuevo, como expresión de su identidad genérica, las muchas acciones, modos de pensar y sentimientos específicos del género que de él exigen las situaciones sociales. Por eso, la identidad de género adquiere, en el transcurso del desarrollo individual,

sucesivamente, una realidad material ‘en’ y ‘para’ los individuos, por ejemplo en forma de una relación específica hacia sí mismo.

Judith LORBER ve en su teoría del «género como institución social» un desarrollo del enfoque «*Doing-Gender*» (1999, 55 ss.). Pero su punto de partida ha sido puesto conscientemente «no en el individuo, ni tampoco en las relaciones interpersonales, a pesar de que la construcción y el mantenimiento del *gender* se manifiestan en las identidades personales y en las interacciones sociales» (41). Ella entiende el género sobre todo como «una institución que establece los patrones de expectativa para los individuos, regula los procesos sociales de la vida cotidiana, está atada a las formas más importantes de la organización de una sociedad, es decir, la economía, la ideología, la familia y la política, y es además una entidad en sí» (ibid.). Conforme a ello el género, como «institución social», abarca, por una parte, aspectos estructurales (la división social del trabajo, las relaciones de parentesco); por otra aspectos ideológicos o simbólicos (las normas, el lenguaje, el arte), así como también rasgos de la personalidad («patrones de sensibilidad y de comportamiento», identidad de género) (76). A pesar de lo extenso de esta concepción, en su entendimiento de género también se encuentra una limitación teórica y empírica. Para comenzar, ésta se expresa en la primacía de la institución frente al individuo y a la acción. En lugar de rechazar esta oposición y de considerar todos estos aspectos como ‘puntos iniciales y finales’ equipolentes, y de analizarlos en sus determinaciones mutuas, Lorber parte cada vez expresamente de que el género como institución social sería el aspecto más importante y de mayor trascendencia (47 ss.).

3. Todos estos aspectos de la idea (de)constructivista de género encuentran su más radical problematización en la obra de Judith BUTLER. Punto de partida es la crítica a la naturalidad con la que, dentro de la teoría y política feminista, se construyen argumentos usando la categoría ‘mujer’ o ‘mujeres’ (1999, 3 ss.).

Este uso sienta algo anterior que, supuestamente, todas las mujeres, en sus calidades de ser-mujer, compartirían entre sí. Pero en fin de cuentas eso sólo es posible bajo recurso a un cuerpo sexual natural común a todas las mujeres. A esto se asocia por otra parte la idea metafísica de un sujeto substancialmente dado que se representa en sus exigencias. Y no en último lugar se supone una identidad homogénea de las mujeres. Pero para Butler tanto el sujeto, como la identidad, como el cuerpo no son hechos o esencialidades que presuponer sin vacilación o duda alguna. Como lo formula desde la perspectiva de la teoría del discurso, hay que designarlos como efectos de prácticas discursivas.

Así el concepto de género debería designar «el aparato mismo de producción a través del cual (*whereby*) se establecen los sexos» (11). Y, en consecuencia, también debería abarcar «los medios discursivo-culturales a través de los cuales la ‘naturaleza sexuada’ o ‘un sexo natural’ es producido y establecido como ‘prediscursivo’, anterior a la cultura, una superficie políticamente neutral sobre la que actúa la cultura.» (ibid.) La importancia de esta óptica radica en que sólo así se torna visible la vinculación constitutiva del sexo y la heterosexualidad en el discurso hegemónico del sexo. La relegación de «la dualidad del sexo a un dominio prediscursivo» se evidencia como un aseguramiento de la estabilidad interior y del marco binario para el concepto del sexo (ibid.). Esta es la razón por la cual, según BUTLER, hay que entender al género/sexo expresamente como «efecto de una práctica reguladora que puede ser identificada como heterosexualidad de coerción (*compulsory heterosexuality*)» (24). Esta insistencia en el nexo entre sexo y organización heterosexual del deseo que es constitutivo para el orden actual de géneros/sexos es de seguro otro de los aspectos de importancia en la obra de Butler (cfr. HARK 1993; HENNESSY 2000). La figura en que se plasma la idea del sexo como efecto discursivo es para BUTLER el travestismo. Éste es, en su forma «más compleja, una doble-inversión que dice: ‘la apariencia es ilusión’. Por un lado afirma: mi apariencia ‘externa’ es femenina, mi esencia ‘interior’ (el cuerpo) es masculina; y simboliza al mismo tiempo la inversión contraria: mi apariencia ‘externa’ (mi cuerpo, mi género) es masculina, en cambio mi ser interior (*myself*) es femenino.» (NEWTON

1972, 103, según BUTLER 1999, 174) En la manifestación de que «la apariencia» es una «ilusión» se aclara del todo el nexo imaginario entre cuerpo y género/sexo. El mismo cuerpo aparentemente auténtico, aparentemente real, natural, es visible como un efecto (178). En ella se hace patente además que no se trata de una coerción natural, sino de una coerción social, perteneciente al actual discurso heterosexual del género/sexo, la que demanda la unificación de los distintos pensamientos, sentimientos, formas del deseo sexual y prácticas genéricas en una identidad genérica, como también la identidad/correspondencia entre cuerpo anatómico sexual e identidad genérica. Mucha de la explosividad y de la fascinación que ejerce la concepción de Butler tiene sin lugar a dudas su origen en la comprensión que ella nos brinda de estas complejas coerciones identitarias, y especialmente de las concernientes a la unificación de cuerpo genérico e identidad genérica. Hay que anotar además la radicalidad con la que ella nos permite pensar al género como relación imaginaria.

4. Mientras que a finales de los años 80 y comienzos de los 90 del siglo XX se vivió una verdadera explosión de discursos sobre la categoría de género, una década más tarde reina la calma alrededor del tema. En especial dos problemas parecen bloquear la continuación de un desarrollo: 1. Mientras que la comprensión de la fundamental historicidad y socialidad del género permite hablar de cierta cercanía a una perspectiva marxista/materialista, las aproximaciones al género desde la perspectiva de la sociedad en su conjunto son hasta ahora pocas o ningunas. Así continúa sin realizar un intento –fundado sobre una base más extensa y desde la teoría de la sociedad– para una teoría de las relaciones de género y sus posibles cambios en el marco de los procesos de la transformación de la sociedad. 2. La insuficiencia teórico-social de las concepciones constructivistas y deconstructivistas de género de cierto modo se refleja en una insuficiencia en cuanto a la teoría del sujeto: por justa que sea la crítica de las concepciones esencialistas de ‘subjetividad’, ‘identidad’ y ‘cuerpo’, con ella se pierde de vista lo que en realidad sucede ‘en’ los individuos, en la ‘psique’, en el ‘cuerpo’ de los mismos cuando viven en sociedades en las que, desde el primer segundo de sus existencias, se hace de ellos ‘mujeres’ y ‘hombres’. Porque las relaciones de género no sólo se construyen y reproducen en instituciones sociales, interacciones o discursos, sino también ‘en’ los individuos (cfr. HAUG 1999). No sólo en situaciones sociales se hace permanentemente sexos, ‘mujeres’ y ‘hombres’ de los individuos, sino que, en el transcurso de sus existencias, ellos también ‘existen’ como tales –por ejemplo, en las relaciones consigo mismo como ésta identidad genérica específica, o en la univocación y definición de cualidades que siempre de nuevo se llevan a cabo en el sentido de ésta ‘mujer’ concreta o de éste ‘hombre’ concreto (MAIHOFER 1995). Pero para volver a integrar estos procesos a la reflexión teórica y al análisis empírico no se puede hacer simplemente referencia a las ideas habituales de ‘subjetividad’, ‘identidad’ y ‘cuerpo’.

La elaboración de nuevos conceptos que no recaigan en los criticados esencialismos es una de las tareas centrales de la teoría del género.

ANDREA MAIHOFER

Traducido por Santiago Vollmer

BIBLIOGRAFÍA:

J.BUTLER, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, New York (1990) 1999; R.W.CONNELL, *Masculinities*, Cambridge 1995 (ed. alemana: *Der gemachte Mann. Konstruktion und Krise der Männlichkeit*, Opladen 1999); B.DUDEN, *Geschichte unter der Haut*, Stuttgart 1991; M.FOUCAULT, *Historia de la sexualidad*, vol. I, *La voluntad de saber* (1976), México, S.XXI, 1977, vol. II, *El uso de los placeres* (1984), México, S.XXI, 1986; H.GARFINKEL, *Studies in Ethnomethodology*, New Jersey 1967; R.GILDEMEISTER, A.WETTERER, »Wie Geschlechter gemacht werden«, en: G.-A.Knapp, A.Wetterer (Hg.), *Traditionen. Brüche*, Freiburg/Br 1992, 201-54; E.GOFFMAN, «The Arrangement between the Sexes», en: *Theory and Society*, Vol. 4, Número 3, Autumn, 1977, págs. 301-331; del mismo, *Interaktion und Geschlecht*, Frankfurt/M 1994; S.HARK, »Queer Interventionen«, en: *Feministische Studien*, 11. año, 1993, cuaderno 2,

103-9; F.HAUG, *Vorlesungen zur Einführung in die Erinnerungsarbeit*, Hamburg 1999; R.HENNESSY, *Profit and Pleasure: Sexual Identities in Late Capitalism*, London- New York 2000; S.HIRSCHAUER, *Die soziale Konstruktion der Transsexualität*, Frankfurt/M 1993; C.HONEGGER, *Die Ordnung der Geschlechter. Die Wissenschaft vom Menschen und das Weib*, Frankfurt/M 1991; B.HOOKS, »Sisterhood: Political Solidarity between Women«, en: *Feminist Theory: From Margin to Center*, Boston 1984; Th.LAQUEUR, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Harvard University Press 1990; G.LERNER, *The Creation of Patriarchy*, Oxford University Press; 1986; G.LINDEMANN, *Das paradoxe Geschlecht. Transsexualität im Spannungsfeld von Körper, Leib und Gefühl*, Frankfurt/M 1993; J.LORBER, *Paradoxes of Gender*, New Haven/London: Yale University Press 1994 (ed. alemana: *Gender Paradoxien*, Opladen 1999); la misma u. S.A.FARRELL (Ed.), *The Social Construction of Gender*, Newbury Park 1991; A.MAIHOFER, *Geschlecht als Existenzweise. Macht, Moral, Recht und Geschlechterdifferenz*, Frankfurt/M 1995; *Marx-Engels-Werke (MEW)*, Tomos 1-42, Berlín/RDA 1957 ss.; MARX, K., *El capital*, Tomos I-III en 8 Volúmenes, trad.: P.Scaron, 10a ed. en esp., Siglo XXI Ed., México/DF - Buenos Aires 2004; A.MEULENBELT, *Scheidelinien. Über Sexismus, Rassismus und Klassismus*, Hamburg 1993; L.NICHOLSON, »Was heißt 'gender'«, en: IfS (Ed.), *Geschlechterverhältnisse und Politik*, Frankfurt/M 1994, 188-220; B.ROMMELSPACHER, *Dominanzkultur. Texte zu Fremdheit und Macht*, Berlin 1995; E.SPELMAN, *Inessential Women. Problems of Exclusion in Feminist Thought*, Boston 1988; U.TEUBNER, A.WETTERER, »Soziale Konstruktion transparent gemacht. Eine Einleitung«, en: Lorber 1999, 9-29; C.WEST, D.H. ZIMMERMAN, »Doing Gender«, en: Lorber/Farrell 1991, 13-37; A.WETTERER (Ed.), *Die soziale Konstruktion von Geschlecht in Professionalisierungsprozessen*, Frankfurt/ M 1995.

Remisión a otras entradas:

acción, amor, apetencia, biologismo, construcción, cuerpo, democracia intersexos, dominación, efecto-sujeto, Eros, feminismo materialista, Gender mainstreaming, heterosexualidad de coerción, homosexualidad, identidad, individuo, lengua, masculinidad, matrimonio, movimiento feminista, pacto de los sexos, patriarcado, política de equiparación, relaciones de género, satisfacción, sexualidad, significado, socialización, sociedades igualitarias intersexos, sujeto, Teoría del discurso, Teoría Queer

Artículo: Género/sexo

Autor: Donna HARAWAY (I), Andrea MAIHOFFER (II)

Traducción: Santiago VOLLMER

Revisión: Ingrid REYES PÄCKE

Título del original en alemán: *Geschlecht*; publicado en el HISTORISCH-KRITISCHES WÖRTERBUCH DES MARXISMUS, Tomo 5, 470-488; Argument Verlag, Hamburgo, 2001; ISBN 3-88619-435-3.